

UNIDAD IV.

LA PSICOLOGÍA RUSA

Lectura 2

Tortosa, G. F. (1998) Una Historia de la Psicología Moderna. Madrid. McGraw Hill p.p. 215 – 230

Tortosa (1998) en esta lectura te expone sobre personajes fundamentales en el desarrollo de la Psicología Rusa título de la Unidad IV

LOS INICIOS DE LA PSICOLOGÍA SOVIÉTICA

1. Introducción

«La Revolución Rusa de 1917 constituye un punto decisivo en la historia, y bien puede ser considerada por los futuros historiadores como el mayor acontecimiento del siglo XX». Así comienza Can (1979/84, 7) su libro sobre La Revolución Rusa, y es exactamente en este problemático contexto en el que hemos de enmarcar las reflexiones que siguen. Las dramáticas transformaciones a que fue sometida Rusia durante el proceso revolucionario no se circunscribieron únicamente a la esfera política o económica. Como era de esperar, las consecuencias de la revolución desbordaron dichas facetas de la actividad humana para invadir toda la vida intelectual, afectando fundamentalmente a aquellas disciplinas que tenían alguna conexión con el estudio del comportamiento de los individuos. El grado de injerencia ideológica en los diversos saberes aumentaba en función de la supuesta relevancia que éstos pudieran tener para la planificación gubernamental de la Rusia socialista. La psicología, de un modo sobresaliente, entró enseguida en el unto de mira de los ideólogos de la revolución, viéndose conminada a soviétizarse, impelida a fundamentarse en los pilares del marxismo.

Sin embargo, la psicología soviética que nació con la revolución marxista nunca dormitó en el pensamiento único. La psicología soviética, por muy ideologizada que se quiera concebir (y ciertamente lo estuvo), nunca consiguió reunir bajo un mismo manto doctrinal a todos los psicólogos. Como en cualquier otro rincón del planeta, la psicología en Rusia presenta una historia extremadamente rica y variopinta, expresándose en una multiplicidad de corrientes de pensamiento que, en el fondo, no hacían más que reproducir lo que era un fenómeno que se daba a escala mundial: la dificultad de reconciliar desde un punto de vista conceptual las diversas aproximaciones teóricas existentes. En este sentido, estamos inclinados a pensar que lo que encontramos en la psicología soviética, además de la intrusión política, es una

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Tortosa, G.F. (1998) Una Historia de la Psicología Moderna. Madrid. McGraw Hill

manifestación más de cómo se van articulando entre sí a lo largo del tiempo las estrategias desplegadas por una comunidad de expertos cuyo objetivo es explicar algo que, por su propia naturaleza, siempre se ha mostrado extremadamente escurridizo. Según lo enunció Carpintero hace ya una década, también podemos realizar una lectura de la historia de la psicología soviética entendiéndola como «un proceso evolutivo intelectual estrechamente paralelo al de la psicología occidental, sometida en su aspecto externo a acomodaciones sociopolíticas que se revelan, en buena medida, como estructuras superficiales (o superestructuras) respecto de otra dialéctica profunda de la propia teoría psicológica, en perpetua tensión con la realidad» (Carpintero, 1987b, 30). Si lo vemos así, comprendemos la dificultad de reconstruir la historia de la psicología soviética a partir de unos criterios interpretativos sociologistas que sólo tengan en cuenta las variaciones en las consignas ideológicas.

Pero, por otro lado, si hiciéramos depender el desarrollo teórico de la psicología soviética sólo de razones conceptuales, sin prestar atención al contexto histórico concreto en el que se debatían esos conceptos teóricos, caeríamos en un intelectualismo también difícil de sostener. Si la línea que separa la dimensión socio-institucional de la teórico-conceptual es más bien difusa en la construcción de cualquier disciplina, en el caso de la psicología soviética en particular el desvanecimiento de la frontera queda acentuado, además, por la profunda interdependencia que existió entre los criterios profesionales, tan a menudo ligados a decisiones políticas intervencionistas, y los criterios académicos que emanaban de la fuente marxista en filosofía (Wertsch, 1981).

Detrás de ese telón académico-profesional se ocultan las razones y las causas que subyacen al proyecto psicológico en la Unión Soviética, y a él dedicamos el presente capítulo. Pero, en lugar de aventurarnos en una especie de historia general condensada aquí repasamos la historia de la psicología soviética, haciendo de Lev Semionovich Vygotski y su teoría socio-histórica o histórico-cultural el hilo conductor de nuestro relato, con la esperanza de ofrecer al lector un cuadro suficientemente comprensivo de lo que pudo ocurrir en aquellos años que siguieron a la Revolución. Existe una razón, al menos, que nos hace suponer que centrarnos en la biografía del psicólogo bielorruso puede resultar de utilidad en esta tarea: la historia de Vygotski estuvo tan profundamente ligada, si bien de forma negativa a los

avatares de la historia social y política de la Rusia posrevolucionaria, que estudiando su biografía, la transcendemos para asomarnos a la historia de la psicología soviética en general.

El caso de Vygotski, por otra parte, nos ilustra sobre cómo el presente, que es presente continuo —o continua remodelación del pasado—, puede condicionar la actividad del historiador. Sin lugar a dudas, la escuela socio-histórica no era la única fuerza teórica que competía por la psicología marxista en la Rusia posrevolucionaria, ni siquiera la más poderosa de las existentes entonces (Veer y Valsiner, 1991), pero hoy no deja de ser uno de los intentos teóricos que con más vigor ha penetrado en los círculos psicológicos contemporáneos occidentales y que, con mayor pujanza se ha revalorizado igualmente en aquel lugar del mundo, al Este de Europa, al que tampoco podemos ya referirnos fácilmente hoy con una sola etiqueta geográfico-política. En este sentido, las ideas de Vygotski están tan absolutamente conectada con nuestro presente que si no le ofreciéramos especialmente a él un hueco en nuestra historia disciplinar, la psicología contemporánea se entendería un poco menos.

Para explicar desde un punto de vista histórico la obra de Vygotski habremos de contar con que su intensa y extensa formación le valió el título de ser «uno de los últimos enciclopedistas de la ciencia psicológica» (Leontiev, 1982/91, 449). Pero sería difícil de entender su proyecto teórico propio si no es englobándolo en el estimulante ambiente de la Revolución del 17 que sirvió de caldo de cultivo para sus intereses humanistas y científicos (Wertsch, 1985h). Por ello, dedicamos parte de este capítulo a caracterizar el singular período histórico que a Vygotski le tocó vivir; también profundizamos en los distintos sistemas de pensamiento que forjaron su particular concepción acerca de la naturaleza del hombre y de su forma de estudio; igualmente, exponemos los elementos fundamentales de la teoría socio-histórica creada por Vygotski, para poder evaluar el importante papel que sus conceptos pueden desempeñar en el desarrollo de la psicología actual.

2. Una revolución para la psicología

La Revolución Rusa fue la contestación —la segunda, ya que hubo un primer intento en 1905— que la mayor parte de las fuerzas económicas rusas —

campesinos, obreros, burguesía liberal— dieron a las absolutistas medidas políticas que emanaban de un régimen que parecía claramente de otro tiempo. Sin embargo, y como es lógico, las luchas políticas en Rusia no acabaron con el fusilamiento del zar Nicolás 11, su esposa Alejandra y su descendencia, en 1918, sino que todavía tuvieron que ser superados bastantes contratiempos —presiones del exterior, guerras internas, penurias económicas—, hasta poder dar con un nuevo sistema de gobierno más o menos estabilizado.

Una vez que la Revolución de Octubre se vio a sí misma con posibilidades de futuro —ya superada la Guerra Civil, equilibradas sus fuerzas con las potencias extranjeras y completada la dura política económica del «comunismo de guerra»—, es decir, a partir de 1922, la psicología se convirtió en una disciplina que estaba llamada a participar en el ordenamiento de una sociedad en la que el hombre había de regir científicamente su propio destino.

Hasta ese año de 1922, la psicología rusa estaba institucionalmente representada por Georgy Chelpánov, estudiante de Wundt y Sumpf en Alemania y firme defensor de una psicología independiente de la filosofía y la fisiología (Kozulin, 1984). Su participación en la configuración institucional de la psicología rusa nos recuerda mucho a la desarrollada por Wundt en Alemania. Por un lado, Chelpánov aportó a la psicología rusa una teoría subjetivista e introspeccionista contra la cual debían definirse los psicólogos posteriores. Por otro lado, contribuyó a que se consolidara en Rusia una psicología con sus propios órganos representativos, al tiempo que ejercía de maestro de un nutrido número de discípulos, entre los que se encontraban, por ejemplo, Konstantin Kornilov o Pavel Blonski. En este sentido, Chelpánov, que fue el promotor del Instituto de Psicología Experimental de Moscú y su primer director desde 1912¹, ha de ser justamente recordado como uno de los

¹ «Nada podía ser más estéril que el trabajo de aquel instituto. Su única contribución fue que con su existencia se consiguió la formación de un grupo de científicos entrenados en la realización de experiencias psicológicas» (Luria, 1979, 20). ¡Como si fuera poco!

mayores impulsores y organizadores de la psicología en Rusia (Kozulin, 1985).

La postura eclecticista del librepensador Chelpánov, cuyo objetivo primordial era salvaguardar la existencia de una psicología empírica autónoma, diferenciada de la reflexología y de la pura especulación, favoreció la multiplicidad de ideas psicológicas, acogiendo en su seno una amplia pluralidad de enfoques teóricos y metodológicos. Pero también es un hecho que Chelpánov mantenía a la psicología recluida en un ámbito estrictamente academicista, absolutamente ajena a los proyectos aplicados y fundamentalmente objetivistas que ya eran una realidad en Europa y América (Leontiev, 1982). Sin embargo, a diferencia de muchos otros pensadores que fueron obligados a abandonar Rusia durante los años de la Guerra Civil, Chelpánov conservó su puesto.

Mas, en aquel momento, para desgracia personal de Chelpánov, el concepto de psicología en Rusia no sólo estaba debatiéndose en los laboratorios y las aulas, como era común en el resto del mundo, sino que se había convertido en un arma arrojada en manos de los propios psicólogos, que estaban dispuestos a denunciar cualquier tipo de perversión teórica con tal de controlar el desarrollo de la psicología marxista. Y la primera tarea que se encomendaron los ideólogos soviéticos, una vez solventada la contienda civil a favor de los bolcheviques —es decir, la mayoría—, fue la de construir una psicología que fuera a la vez materialista y dialéctica, ya que los bolcheviques tenían bien claro que el principal contrincante ideológico del marxismo lo encarnaba el idealismo pequeñoburgués. En este contexto, la psicología se convertía en una herramienta muy peligrosa en la medida en que pudiera ostentar su control un pensador de tan nocivas tendencias

Entre 1920 y 1922, en plena Guerra Civil rusa, ya se habían dado los primeros pasos teóricos en la dirección de una psicología antiidealista con los trabajos de Blonski (Joravsky, 1989), del mismo modo que en EE.UU. se había hecho otro tanto a partir de la crítica de Watson a los subjetivismos europeo y americano. Pero en enero de 1923, es decir, aproximadamente un año antes de la muerte de Lenin, el proyecto psicológico de Chelpánov quedó terminantemente truncado. En el I Congreso Panruso de Psiconeurología, celebrado en Moscú, se asestó el golpe definitivo al idealismo en psicología, siendo Kornilov, el discípulo de Chelpánov, su ejecutor. Y en noviembre de ese mismo año el consejo científico estatal propuso a Kornilov como director

del Instituto de Psicología de Moscú en sustitución del «idealista» Chelpánov, por la convincente declaración de principios expuestos en la citada reunión de enero, presentando su reactología como la psicología marxista que, sin renunciar a la esfera subjetiva del hombre que reacciona, pero va vaciada de idealismo, superaba a la propia reflexología de Bejterev, quien, igual que Chelpánov, también se encontraba presente en los actos como conferenciante.

No obstante, la afirmación antiidealista de la psicología soviética, que aseguraba el triunfo en Rusia de un materialismo que quería ser marxista, es decir dialéctico, todavía no había conseguido reducir en bloque a todos los contendientes. Para Joravsky (1989), la psicología soviética de los veinte seguía funcionando como un pluralismo de escuelas enfrentadas, por mucho que se vistieran de marxistas sus disputas, y Kornilov continuaba ejerciendo de «administrador» ecléctico de la diversidad. La principal razón de que las cosas funcionaran así era que por entonces no estaba nada claro qué significaba ser psicólogo marxista. Los psicólogos de tendencias más o menos materialistas ciertamente pudieron continuar su trabajo sin muchas presiones hasta que, a finales de la década de los veinte, impusiera Stalin un férreo control doctrinario sobre la disciplina (Kozulin, 1984). Como señaló Bauer (1952, 59), «hasta cierto punto toda la psicología soviética [durante esos años] era psicología comportamental, en cuanto estaba mucho más interesada por el estudio de las acciones observables del hombre que por el estudio de su vida subjetiva». En definitiva, aunque todavía pasaron unos cuantos años hasta que se pudo ofrecer desde las altas esferas políticas una versión definida y cerrada de aquello que debía ser interpretado como psicología marxista, el enemigo ideológico fundamental —el idealismo— ya estaba identificado, y el subjetivista Chelpánov, visto por los ideólogos como uno de sus principales activos, eliminado.

En aquellos años veinte, que podríamos llamar «los años de esperanza» de la Revolución, todo el mundo parecía tener claro —también en EE.UU. y en parte en Europa— que la única forma de que la psicología (o el mismo psicólogo en cuanto profesional individual) consiguiera ganarse un hueco entre las ciencias era siguiendo el sendero del materialismo. El trabajo de Bejterev y Pavlov había imprimido un primer impulso, desde la fisiología, a este sueño dorado de la psicología soviética (y mundial) de conseguir un puesto entre las ciencias de la naturaleza. Pero para la Rusia que entraba

con Stalin en la década de los treinta era imprescindible, además, que la psicología demostrara que afirmaba su andadura sobre el marxismo que, además de materialista, debía de ser dialéctico.

La década de los treinta terminó definitivamente con las aspiraciones de cualquier pensamiento libre. Y en psicología se vio con meridiana claridad hacia dónde conducía el supuesto marxismo de Stalin. En junio de 1931 se adoptó una resolución por parte de la célula del Partido Comunista —conocida eufemísticamente como «la discusión de la reactología», del mismo modo que anteriormente hubo un «discusión de la reflexología»—, pero que, en opinión de Joravsky (1989), realmente representaba el establecimiento de la actitud inquisitorial del stalinismo, que apartaba a Kornilov de la dirección del Instituto (sustituido por Kolbanosky). Vemos aquí los antecedentes de la más nefasta de las intromisiones políticas en la vida de las ideas científicas: la que tendría lugar con el decreto del 4 de julio de 1936 «sobre las distorsiones pedológicas», que en la práctica venía a condenar a la mayor parte de psicólogos en activo². Las principales revistas de psicología desaparecieron del mercado y, a finales de los treinta, hasta los filatélicos y los esperantistas eran arrestados (Veer y Valsiner, 1991).

Como vemos, la década de los treinta significó una prueba de fuego para los psicólogos. Y no todos la superaron con la soltura con que lo hizo S.L. Rubinstein, quien pasaría a ocupar el puesto de teórico oficial de los cuarenta. Rubinstein resumió en cinco Principios el carácter de la psicología soviética: 1 Principio de la unidad psicofísica; 2 Principio del desarrollo (filogenético) de la psique; 3 Principio histórico (histórico-social, genético); 4 Principio de la unidad de la teoría y la práctica; 5 Principio de la unidad entre la conciencia y la actividad. Rubinstein, que ganó el premio Stalin en 1941, había establecido el programa que debía coronar la psicología soviética a partir de 1936. Sin embargo, en 1948 Rubinstein cayó también en desgracia, siendo acusado de reaccionario e idealista y de no haber sido capaz de construir una psicología marxista. Las críticas de Kolbanovsky (1947) y Chernakov (1948) iban precisamente en esa dirección, y apuntaban hacia Pavlov —«el gigante de la ciencia material moderna» (Kolbanovsky, 1947/50, 290)— como la única apuesta segura para que la psicología soviética

² Puede leerse completo en inglés en Wortis (1950).

definitivamente se liberara del peligro del idealismo y el reaccionarismo que se escondía en las propuestas extranjeras: «La psicología soviética — escribirá Kolbanovsky (ibíd.)— debe ser verdaderamente científica y debe basarse en la filosofía marxista-leninista así como en los logros de la ciencia natural materialista» (cursivas añadidas); léase en Pavlov³.

Entre 1950 y 1956, etapa que en la periodización que ofrece Payne (1968) se corresponde con la época del pavlovismo soviético, finalmente el fisiólogo Pavlov será propuesto como el modelo definitivo de psicología marxista. La historia de Pavlov ya se cuenta en otro capítulo de este libro, pero no estaría de más recordar que las ideas de Pavlov nunca estuvieron realmente amenazadas en la Rusia soviética. Quizás, como veremos más adelante, porque sus propuestas de finales de los años veinte acerca del segundo sistema de señales dieron mucho juego a los buscadores de la psicología marxista. Pero, como apunta Rahmani (1973), también la actitud antifilosófica manifestada por Pavlov —que contrastaba abiertamente con la de Bejterev, por ejemplo pudo tener algo que ver con esta historia, porque, al declararse al margen de cualquier tipo de especulación metafísica, eludía con agilidad las ofensivas ideológicas.

En este contexto intelectual habremos de evaluar las aportaciones de la Escuela socio-histórica, liderada por Lev Semionovich Vygotski. Si bien la respuesta de Vygotski, para ser comprendida, ha de ser contextualizada en los años veinte y treinta de la Rusia posrevolucionaria, el significado teórico de su propuesta no puede comprenderse al margen de la situación de la psicología en todo el mundo, la cual libraba su batalla conceptual desde las trincheras del materialismo. Vygotski discutía con las posiciones teóricas más desafiantes de la psicología universal, desde que ésta se independizara y alcanzara un lugar entre las ciencias. Por tanto, sería traicionar el proyecto de Vygotski si se encorsetara su reflexión en un estrecho espacio intelectual, limitado al ámbito

geográfico-político de la Unión Soviética. La teoría histórico-cultural también se enfrentaba a un idealismo miope que convertía a la conciencia, desconectada de las condiciones objetivas de vida de los organismos que demuestran poseerla, en el territorio de su reflexión. Sin embargo, igual que después afirmaría Rubinstein a partir de su quinto principio, para Vygotski no podía existir una psicología humana sin conciencia, por mucho que ésta debiera ser explicada a partir del desarrollo filogenético e histórico del hombre (como después recogieran los principios segundo y tercero de Rubinstein). Vygotski, aprovechándose de los aires ideológicos favorables a la interpretación marxista del hombre, pretendió operar una revolucionaria transformación en la psicología del primer tercio del siglo XX. Igual que los materialistas occidentales, quería convertir la psicología en una disciplina que fuera explicativa, más que descriptiva, pero, a la vez, ocupada en el estudio de los procesos psicológicos superiores puramente humanos, esto es, conscientes, y no sólo de las conductas más básicas y elementales. Sus esfuerzos resultaron absolutamente infructuosos y su trabajo proscrito casi desde el mismo momento en que murió en 1934. En el año 1956, cuando Jrushev denunciaba en el XX Congreso del PCUS las atrocidades cometidas por Stalin, se publicaban de nuevo algunas de las obras de Vygotski, silenciadas durante veinte años.

3. Vygotski, el hombre

Lev Semionovitch Vygotski nació, según el antiguo calendario ruso, el 5 de noviembre de 1896 en Bielorrusia. Perteneciente a una familia judía con recursos —tanto económicos como culturales—, la educación de Vygotski no careció nunca del estímulo y el cuidado necesarios para su refinamiento intelectual. Su instrucción primaria fue supervisada por Salomon Ashpiz, un tutor privado que, explotando la técnica socrática del diálogo, influyó bastante en su desarrollo, y siempre contó con la asistencia de su madre, maestra sin ejercer, quien le enseñó alemán y le introdujo en el mundo de la poesía (Wertsch, 1985b). En 1913 se graduó en el gymnasium de su ciudad con medalla de oro y se matriculó en Medicina en la Universidad de Moscú, aunque a los pocos meses trasladó su matrícula a la Facultad de Derecho. Sólo la suerte explica su ingreso en la Universidad, porque entonces

³ En el libro de Joseph Wortis (1950) *Soviet psychiatry* pueden leerse en inglés los trabajos que Chernakov y Kolbanovsky dedicaron a los *Principios de psicología general* de Rubinstein (1946).

únicamente podían acceder a la misma tres judíos por cada cien estudiantes, y la sola lotería era el procedimiento para su selección. En 1917, fecha tan clave para la historia de Rusia, Vygotski se ha graduado en leyes. Durante su estancia en Moscú también asiste a la Universidad Popular de Sanyavskii, donde cuenta con la oportunidad de incrementar sus conocimientos en literatura, historia, filosofía y psicología.

Como anota Wertsch (1985a), durante el primer período de su carrera leyó intensivamente las obras de autores tan dispares como Aristóteles, Bühler, Darwin, Dostoievsky, Freud, Goethe, Potebnia, Tolstoy y Wundt, además de a Marx, Engels, Hegel, Spinoza, etc., y se relacionó, a través de su primo David Vygodski (no hay una errata en el apellido), con las ideas de los formalistas rusos: Eikhenbaum, Shklovski, Tomashevskii y Yadubinskii. Fruto de este interés sobre la literatura y la crítica literaria será su *Psicología del arte* (Vygotski, 1925/70), trabajo con el que consiguió el título de doctor en Psicología en 1925, aunque, por motivos de salud, nunca fue defendido públicamente (Van de Veer y Valsiner, 1991), ni publicado hasta 1968. La *Psicología del arte* de Vygotski reúne un conjunto de trabajos que había escrito en varios momentos. Entre ellos se incluye su revisión crítica sobre Hamlet, trabajo que comenzó siendo estudiante en Gomel y que terminó de redactar en 1916 (Kozulin, 1990). De esta época proviene la preocupación de Vygotski por los signos y su función Psicológica que posteriormente introducirá en su análisis de la estructura significativa de la conciencia y en su semiologización.

A su vuelta de Moscú, comenzó a impartir clases de literatura y de psicología en la ciudad donde creció y se educó, Gomel. Son estos años de Gomel, entre 1917 y 1924, los menos documentados sobre la existencia de Vygotski y sobre su evolución intelectual. Joravski (1989) opina que parte de la culpa de este vacío historiográfico se debe a la poca preocupación mostrada por los discípulos de Vygotski sobre este período de su biografía, pero nosotros pensamos, con Veer y Valsiner (1991), que más culpa hay que atribuir a los propios desastres que afligieron a Gomel durante ese tiempo. Toda Bielorrusia quedó asolada durante la Primera Guerra Mundial, y Gomel, en particular, vivió sus peores momentos entre 1918 y 1922, debido a la invasión alemana y a la Guerra Civil rusa. Tras estos episodios, la ciudad quedó arrasada y desaparecida toda la documentación que pudiera arrojar luz sobre este período. Sin embargo, parece ser que Vygotski desplegó una

amplia actividad docente en literatura rusa, lenguaje, psicología y pedagogía. También llevó a cabo pequeños experimentos psicológicos que le servirían de material empírico para unas conferencias que dictaría en 1924, en el marco del II Congreso Panruso de Psiconeurología.

Los primeros estudios experimentales a los que hacemos alusión los inició en 1922 en Gomel. Los experimentos se realizaron con nueve sujetos y tenían que ver con la reacción —medida con un pneumógrafo— que les provocaba a nivel respiratorio la lectura de unos textos literarios (Veer y Valsiner, 1991). Si sus primeros trabajos sobre crítica literaria habían sido realizados a partir de su propia experiencia como lector, cuando, debido a su dedicación docente, empezó a interesarse por las reacciones que los textos producían en los demás, su curiosidad intelectual cambió desde la psicología del arte hacia la psicología del arte. Como recuerda Rivière (1984, 1987a), Vygotski era un hombre de letras. Y su interés por la crítica literaria, el arte en general, y las reacciones estéticas que produce en los sujetos, determinó claramente su preferencia por los productos culturales más elevados de la Humanidad, lo que le dirigía directamente hacia la categoría de conciencia y condicionaba todo su trabajo psicológico posterior. En opinión de Veer y Valsiner (1991) todas estas actividades, más su participación activa en tertulias, alguna aventura editorial y su intensa colaboración en la dirección del teatro de Gomel. Hicieron de Vygotski, muy probablemente, una figura intelectual bastante sobresaliente a escala nacional. Tanto que, contrariamente a lo que se suele opinar, no es disparatado pensar que Kornilov esperara, más que descubriera, a Vygotski en el Congreso de 1924.

Fuera como fuere, la fecha oficial que se postula como el inicio del trabajo de Vygotski en psicología desde la psicología es enero de 1924, cuando fue invitado por Kornilov al Instituto de Psicología de Moscú. Lo que ocurrió a partir del establecimiento de Vygotski, ya casado con Roza Smekhova, en los sótanos del Instituto, a finales de 1924, es más conocido. En 1934, a la edad de treinta y siete años, moría de un ataque de tuberculosis. Durante esos diez años luchó incansablemente, tratando de elaborar una teoría marxista que explicara los procesos psicológicos superiores del ser humano.

Vamos ahora a penetrar en la teoría que se originó a partir de la frenética actividad intelectual desplegada por Vygotski, «un psicólogo soviético excepcional cuyo breve, pero brillante trabajo, determinó desde

entonces, en gran parte, las líneas de la ciencia psicológica de la Unión Soviética» (Leontiev y Luria, 1968. 367); una teoría que, realmente, podría haber significado una revolución para la psicología. Pero, desde un punto de vista historiográfico se nos presenta un primer problema que tiene que ver con la posibilidad de aplicar a la trayectoria intelectual de Vygotski algún tipo de periodización. La pregunta que nos surge es: ¿acaso se puede periodizar sobre diez años de producción intelectual? A diferencia de autores que, como Piaget⁴, son parcialmente artífices

del destino teórico de sus propuestas, en el caso de Vygotski resulta que — igual que ocurre con las obras de arte— su teoría quedó al amparo de la interpretación del lector casi al instante de ser producida. A este inconveniente se añade el hecho de que Vygotski, como dice Bruner (1984, 6), «era un tipo de genio escurridizo. Al contrario, por ejemplo, que Pavlov o Piaget, no había nada pesado o glacial en el corpus de su pensamiento y del proceso de éste. Se parecía más bien a la última parte de la obra de Wittgenstein: a veces aforística, a veces incompleta, vívida en sus inspiraciones». Esto ha dado lugar a diversas aproximaciones a su trabajo, ordenadas en función de periodizaciones surgidas de criterios distintos (por ejemplo, Kozulin, 1990; Minick, 1987; Riviére, 1985; Veer y Valsiner, 1991; Wertsch, 1985/88) Por nuestra parte, más que detenernos en consideraciones cronológicas, lo que hacemos es estudiar primero al Vygotski metodólogo (Davidov y Radzikhovskii, 1985; Zichenko, 1985), es decir, a aquel que hizo del análisis metateórico sobre el estado de la

⁴ Que coincida el autor de este capítulo con el dedicado a Piaget, creo que nos obliga a expresar con claridad nuestra posición: seguimos trabajando desde la misma óptica historiográfica, *pero* el contenido necesariamente ha de condicionar en algún grado la *forma* en que construimos nuestra historia. Piaget vivió ochenta y cuatro años y Vygotski sólo treinta y siete. Es, por tanto, bastante difícil argumentar en torno de la biografía del segundo, además de por su brevedad, porque tampoco contamos con muchos datos sobre sus años de formación. De ahí que cambiemos la unidad de análisis si se quiere, pero no de forma interpretativa, siendo fieles también aquí a nuestra propuesta de una historiografía crítica tal y como fue presentada en el Capítulo I de este libro.

psicología de principios de siglo su principal lugar de reflexión⁵, para después detenernos siquiera brevemente en sus aportaciones más estrictamente teóricas, exponiendo los elementos fundamentales de su psicología socio-histórica.

4. Elementos para una teoría socio-histórica de la psique

Una de las principales actividades a las que Vygotski dedicó sus esfuerzos fue a denunciar el escandaloso estado en que se encontraba la psicología del primer cuarto del siglo. Siguiendo el ejemplo de muchos otros psicólogos de finales del siglo XIX y principios del XX, Vygotski se propuso afrontar la tarea de investigar las razones que conducían a que la psicología se hubiera visto sumida en una importante crisis de identidad a lo largo de su historia. En el curso de su examen, Vygotski va señalando todas aquellas contradicciones conceptuales que parecen catapultar a la psicología hacia la incapacidad científica, y mostrando lo que, en su opinión, no debe ser la psicología. En este sentido, nos encontramos con un Vygotski en negativo, para quien todavía no existe una psicología equilibrada conceptualmente que pueda conseguir la unidad teórica y el consenso entre todos los psicólogos. Estudiamos aquí, por consiguiente, al Vygotski filósofo, al intelectual que se encara con el problema de seleccionar la filosofía más adecuada para posibilitar una psicología científica. Esa filosofía, como veremos, no era otra para Vygotski que la fundamentada en los principios del marxismo.

En la mayoría de los estudios, individuales o colectivos, en los que se aborda desde una perspectiva general el trabajo del psicólogo soviético se

⁵ Prácticamente durante todo el periodo en que se dedicó de lleno a la psicología estuvo la producción teórica de Vygotski presidida por la crítica conceptual e histórica de la disciplina. Haremos, por ello, abstracción de las publicaciones concretas en las que se refleja su pensamiento metateórico, a menos que sea estrictamente necesario. En Vera (1996) se puede encontrar una presentación más sistemática sobre este particular.

coincide en presentarlo como un pensador que estaba convencido de que el marxismo encerraba la solución para la psicología⁶. Vygotski siempre estuvo interesado en construir una psicología general, embebida en la tradición del materialismo dialéctico, para la que serían necesarios todo un arsenal de conceptos explícitamente diseñados, con la misión de construir un sistema científico capaz de dar respuesta a los interrogantes psicológicos que se derivaban del estudio del hombre. Para este cometido, pensaba Vygotski, se imponía hacer un uso racional del pensamiento marxista. Esto no significa que Vygotski se sintiera «obligado» a citar a Marx, Engels o Lenin, sino que realmente pensaba dialécticamente y se enfrentaba a los problemas analizándolos, de forma natural, bajo el prisma del materialismo histórico y dialéctico. Pero lo que había hecho Marx, en su análisis histórico, era teoría económica, y lo fundamental para Vygotski era construir una teoría psicológica.

«Precisamente esta idea de la escala, la idea de la ciencia general es ajena hasta ahora a la "psicología marxista", y ese es su punto débil. Intenta hallar la medida directa de los elementos psicológicos —las reacciones— en principios universales: la ley de la transición de la cantidad en calidad... Aquí se nota claramente la falta de medida, de escala, de eslabón intermedio entre lo uno y lo otro. Por eso el método dialéctico va a parar con inevitable fatalidad a la misma serie que el experimento, el método comparativo, el de los test y las encuestas. No existe en él un sentimiento de jerarquía que establezca diferencias entre el procedimiento técnico de investigación y el método de conocimiento de la "naturaleza de la historia y del pensamiento" [Sería] como operar con kilómetros donde hacen falta

⁶ Independientemente de que esta afirmación se encuentra prácticamente en todos los estudios que sobre Vygotski se han manejado aquí, nos gustaría resaltar que ya la encontramos en Cole y Scribner (1978) y John-Steiner y Soubberman (1978), cuyos trabajos de introducción y epílogo a Vygotski (1978/79) fueron los primeros que empezaban a presentar a un Vygotski mucho más interesante de lo que se dejaba ver en la versión inglesa de 1962, muy resumida, de su *Pensamiento y lenguaje*.

centímetros... Es pues necesaria una metodología, es decir. un sistema de conceptos intermedios, concretos, adaptados a la escala de conceptos de la ciencia en cuestión.»

Vygotski, 1991, 388 las cursivas son suyas

En sus reflexiones marxistas acerca de la filosofía de la psicología, proponía Vygotski que el idealismo actuaba como uno de los factores determinantes de la inestabilidad de la psicología en cuanto ciencia. La crisis de la psicología, hecha manifiesta en su multiplicación de escuelas, era la expresión que adoptaba la lucha entre esta tendencia filosófica y su contraria: el materialismo. Pero también el materialismo que, según Vygotski, alimentaba muchas de las corrientes del pensamiento psicológico caía en la vulgaridad de practicar una ruptura metafísica entre hombre y mundo social, perdiendo la oportunidad de estudiar científicamente los procesos psicológicos superiores y cayendo en el elementalismo.

Vygotski se enfrentó con esta problemática filosófica adoptando tres presupuestos que se encuentran en la literatura marxista: 1) los procesos psicológicos superiores, aun tomando como base la fisiología del sistema nervioso central, tienen su origen en la sociedad; 2) el desarrollo de los mismos viene contextualizado y condicionado por la producción y uso de instrumentos artificiales que mediatizan la relación entre los hombres, y entre éstos y el mundo, recreando así la propia naturaleza humana, y 3) sólo una concepción materialista de la historia, de la naturaleza y del ser humano (con la que Marx vino a darle la vuelta al idealismo hegeliano) puede conducir hacia una psicología científica capaz de superar los problemas del idealismo y el mecanicismo.

Como hiciera notar Riviére (1984), no hay nada de original en esta propuesta, que ya estaba prácticamente desarrollada en los trabajos de Engels *La dialéctica de la naturaleza* y *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*⁷. Lo propio, lo más destacable de

⁷ En estos trabajos, Engels encuentra en Spinoza y los materialistas franceses una forma de superación, de mano de la filosofía, del estancamiento del pensamiento científico en cuanto a la concepción general de la naturaleza. En esta opinión Vygotski pudo encontrar un motivo de satisfacción añadido, habida cuenta de la gran atracción que desde sus tiempos de estudiante

Vygotski, reside en que fue capaz de concretar las ideas filosóficas de Engels en conceptos psicológicos. Del mismo modo, Veer y Valsiner (1991) apuntan que lo destacable en Vygotski era la capacidad que manifestaba para combinar de modo original las ideas de diversos pensadores. Por ejemplo, afirman que «combinando Darwin, Pavlov y Bühler, Vygotski intentó enlazar los actos instrumentales culturales a los procesos naturales, incorporándolos así en un marco científico-natural» (Veer y Valsiner, ob. cit., 219).

Esta habilidad facilitó a Vygotski la posibilidad de reunir en una síntesis dialéctica la tradición naturalista en biología evolucionista (Darwin, Lloyd Morgan, Baldwin) con el pensamiento sociológico representado por la vertiente francesa (Durkheim, Lévy-Bruhl, Thumwald, Janet), para hacer compatible el resultado obtenido con las principales tesis marxistas acerca de la posición del hombre en la naturaleza y su origen estrictamente social:

«Como todo lo natural tiene que nacer, también el hombre tiene su acto de nacimiento, la historia, que, sin embargo, es para él una historia sabida y que, por tanto, como acto de nacimiento con conciencia, es acto de nacimiento que se supera a sí mismo. La historia es la verdadera historia natural del hombre».

Marx, 1980, 196. De sus Manuscritos de 1844.
Cursivas en el original

Al igual que en el terreno de la filogénesis, en el desarrollo de la experiencia individual Vygotski buscó apoyos teóricos ajenos al marxismo, pero nunca contrarios a él. Para convertir, de esta forma, en teoría psicológica (científica) lo que en los pensadores marxistas eran intuiciones filosóficas (más o menos fundamentadas), Vygotski hubo de recurrir al banco de conocimiento que le ofrecía la fisiología rusa. En este caso, vendrían en su ayuda los trabajos de I. P. Pavlov, científico por quien sentía un gran respeto. Una vez más entraría en juego la envidiable habilidad de Vygotski para combinar en nuevas síntesis las tesis provenientes de distintos ámbitos intelectuales.

Una cita del informe presentado por Pavlov en 1932 al XIV Congreso Mundial de Fisiología, celebrado en Roma, nos puede poner sobre la pista de

despertó el análisis filosófico de Spinoza.

lo que queremos decir:

«[Debemos admitir un complemento] para imaginarnos de un modo general la actividad nerviosa superior del hombre. Se trata del lenguaje, función que introduce un principio nuevo en la actividad de los hemisferios cerebrales. Si nuestras sensaciones y las imágenes del mundo exterior son para nosotros las primeras señales de la realidad, señales concretas, el lenguaje, y, particularmente, las estimulaciones cinestésicas enviadas a la corteza por los órganos de la palabra, son las segundas señales, las señales de estas señales. Son una abstracción de la realidad, permiten la generalización, lo que constituye nuestro punto suplementario propiamente humano, el pensamiento abstracto, que crea, en un principio, el empirismo ... y, finalmente, la ciencia, instrumento máximo de orientación del hombre en el medio ambiente y respecto a él mismo».

Pavlov, 1982, 209

Aunque la concepción teórica nervista y reduccionista de la psique mantenida por el fisiólogo no convencía a Vygotski, paradójicamente fue aquél quien le brindó el medio de superar el materialismo mecanicista en el que caían las posturas más radicales de los seguidores de Pavlov, cuando su teoría se estableció por decreto en 1950.

Las fechas en que Pavlov alertaba a la comunidad científica sobre la existencia de un segundo sistema de señales coinciden, pensamos que no por pura casualidad, con la época en que Vygotski concentró su trabajo teórico y práctico en los problemas relacionados con la estructura semiótica de la conciencia, la localización de las funciones psicológicas en el cerebro y el tópicos del habla interna.

Tampoco es ocioso insistir en que, por entonces, los intereses semióticos de Vygotski, forjados en su período de formación en relación con la poética y lingüística soviética, estaban siendo vivamente retomados. Vygotski, que en ningún momento perdió de vista los trabajos de Pavlov, percibió la oportunidad que le ofrecía la introducción del segundo sistema en su estructura teórica para desarrollar una psicología científica (sin alejarse lo más mínimo de sus pretensiones filosóficas), en la que cabrían perfectamente sus intuiciones se-

mióticas. Para Vygotski (1978/79), la unión de la actividad de los segmentos superiores del sistema nervioso, cuya función es la de reflejar la realidad, junto a la función planificadora y significativa del lenguaje, dará fruto a esa estructura específicamente humana que es la conciencia.

En este sentido, la obra de Vygotski podría proponerse como un complemento de la de Pavlov, que empieza a construirse sobre la noción de segundo sistema de señales (Bruner, 1985, Wertsch, 1985a). Pero también significa la elaboración psicológica concreta de la filosofía marxista. Tal y como Marx y Engels postularon en La ideología alemana:

«El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios de relación con los demás hombres (...) Para el animal, sus relaciones con otros no existen como tales relaciones. La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos».

Marx y Engels, 1979. 29

Conocemos las leyes dinámicas del cerebro humano, ya establecidas por Pavlov, como órgano material que posee la propiedad de obtener un reflejo generalizado de la realidad. También conocemos las leyes que, desde Marx,

«[La] metafísica idealista corresponde a una afirmación —y a una "experiencia"— del carácter subjetivo de la conciencia, concebida como un "yo" encerrado en sí mismo; ahora bien, hemos mostrado que ese "yo" no es otra cosa que el "yo" del intelectual separado de la vida práctica, efectivamente encerrado en sí mismo. El idealismo lleva a lo absoluto una pequeña experiencia humana bastante sospechosa, la conciencia puramente subjetiva. El materialismo vulgar responde negando el "yo", la conciencia, la actividad humana; llevando a lo absoluto constataciones de detalles (reflejos, por ejemplo), sale de ese círculo vicioso de la conciencia, pero para renunciar a la conciencia que, según él, sigue

dirigen las relaciones sociales y la naturaleza de su dinámica. Por tanto, el materialismo dialéctico, junto a la fisiología del sistema nervioso, son los pilares básicos sobre los que debe levantarse la estructura explicativa de la mente humana, que será irreductible tanto a la fisiología como a la sociología. Resumiendo los postulados marxistas de la filosofía psicológica de Vygotski: primero, el cerebro, tal y como demostraba Pavlov, poseía la capacidad de trabajar con signos que reflejan la realidad, confirmando así las sugerencias expuestas por Lenin en sus trabajos (Lenin, 1908, 1929). Segundo, una vez reconocida la naturaleza material de la fisiología cerebral, el edificio psicológico debe levantarse, según Vygotski sobre el reconocimiento de otra realidad no menos material y mucho más importante en la construcción del hombre: la que hace referencia a la sociedad. Finalmente, aunque axioma primero para el marxismo, una y otra realidad forman parte de la misma unidad en constante desarrollo histórico. Rompiéndola, para Marx como para Vygotski, se destruye también la posibilidad de conocer su verdadera naturaleza (cayendo en el idealismo o materialismo vulgar) y la dinámica de sus relaciones (recurriendo al mecanicismo).

En este aspecto Vygotski no hacía más que recordar, en psicología, lo que siempre había sido propio de la dialéctica marxista en filosofía, y el punto de arranque para sus críticas más feroces contra las ontologías y epistemologías mecanicista e idealista. El marxismo de Vygotski, por tanto, puede interpretarse como una concepción del mundo y de la vida que nunca estuvo realmente olvidada en Europa.

Según lo ha expuesto Henri Lefebvre (1969):

siendo un círculo vicioso.»

pág. 75 de trad. cast., 1980

Éste será también el transfondo filosófico de la psicología de Wallon:

«El mecanicismo, que cree que el mundo puede reducirse a elementos primeros e invariables, a leyes permanentes, sin cambio, sin novedad ni progreso, a una necesidad ineludible y previsible desde siempre por una inteligencia suficientemente vasta como para contemplarla en su conjunto.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Tortosa, G.F. (1998) Una Historia de la Psicología Moderna. Madrid. McGraw Hill

El idealismo, que parte del conocimiento para subordinarle la realidad, que coloca la conciencia antes que la materia, que hace del pensamiento el principio del ser; de tal manera que pretende encadenar al mundo a sus definiciones y limitar así las revoluciones que provoca el incesante devenir de las cosas y de las sociedades. La afirmación de un mundo siempre esencialmente idéntico a sí mismo es lo que puede hacer converger al mecanicismo y al idealismo».

Wallon, 1951, 79 de trad. cast., 1980

Sólo una concepción dialéctica, según Vygotski, encerraba la clave para superar las contradicciones a que conducían tanto las propuestas idealistas como las materialistas ingenuas en psicología. Vygotski, que conocía muy bien la obra de Hegel (cfr. Kozulin, 1990), escribió en 1926: «no fue difícil señalar que Hegel era idealista, eso lo gritan los gorriones desde los tejados; era necesaria una genialidad para ver en ese sistema un idealismo que estaba sobre la cabeza del materialismo, es decir, separar la verdad metodológica (la dialéctica) de la falsedad real, ver que Hegel iba hacia la verdad cojeando» (Vygotski, 1926/91, 304). Según el entender de Lefebvre, «no se podría decir de mejor manera que no hay dialéctica (análisis dialéctico, exposición dialéctica o "síntesis") si no hay movimiento, y que no hay movimiento si no hay proceso histórico: historia. ¡Ya sea la historia de un ser de la naturaleza, la del ser humano (social), la del conocimiento!» (Lefebvre, 1969, pág. 26 de trad. cast.).

Como vemos, la dialéctica, más que un método de investigación específico, es una forma global de concebir los problemas científicos (McLeish, 1975), en la que la relación hombre-mundo difiere sustancialmente de la sostenida tanto por el idealismo como por el materialismo mecanicista. En este sentido, podríamos afirmar junto con Valls (1981, 143) que la dialéctica «es más una ontología y una espistemología que una lógica en el sentido más usual» (Valls, 1981, 143). Lo cual no significa, como se apresta a señalar Vygotski en más de una ocasión, que hayan de ser abandonados los distintos procedimientos de cognición del mundo que se han desarrollado a lo largo de la historia de la praxis científica.

La lógica formal o analítica, por ejemplo, sobrevive de la destrucción planificada de su objeto de estudio, de la paralización del tiempo, de la creación artificial de una identidad formal, esquemática, que representa en el

pensamiento a un objeto deformado y empobrecido, paralítico y fijado por la acción de una etiqueta. Los beneficios explicativos alcanzados por algunas ciencias que la utilizan como instrumento son muy atractivos. El precio de coste, la aniquilación de la historia; la eliminación del movimiento; la simplificación del espacio de relaciones que define al objeto bajo estudio, reduciendo su dimensionalidad. Un precio excesivamente alto para la psicología. «Por consiguiente —responderá Vygotski—, a la crítica gnoseológica y a la lógica formal, como fundamentos de la psicología general, se ha de contraponer la dialéctica» (Vygotski, 1926/91, 290).

Lo que preocupaba a Vygotski era la insensibilidad metodológica hacia el movimiento, que se escondía en la mentalidad fixista de los psicólogos no dialécticos, que no eran conscientes de que con cada nombramiento de la cosa, con cada palabra (que para Vygotski era un germen de teoría), se anula la posibilidad para la cosa nombrada de ser-otra-cosa, de modificarse y evolucionar. Cada palabra oculta la diferencia entre el concepto y lo que éste no dice de la realidad. Cada aplicación del concepto ilustra sus posibilidades y límites, ejemplifica su capacidad y, al tiempo, su incapacidad para aprehender la realidad objetiva, al desmembrarla y distanciarla del conjunto de relaciones objetivas que la especifican. Pero Vygotski es consciente de que sólo el juego conceptual nos permite hablar y decir de las cosas. Por ello será imprescindible su utilización, pero también su crítica. para la construcción del discurso científico. Lo prioritario, por tanto. es pensar el movimiento: no fijarse en los objetos terminados (fossilizados, dirá Vygotski siguiendo a Lewin), sino en el conjunto de procesos que especifican su devenir. Engels escribe: «El movimiento de la materia no es únicamente tosco movimiento mecánico, mero cambio de lugar: es calor y luz, tensión eléctrica y magnética, combinación química y disociación, vida y, finalmente, conciencia» (1981, 50).

Todos estos planteamientos, sin lugar a dudas. le acercaban mucho a las posiciones filosóficas de William James. pensador que tuvo un gran impacto en el joven Vygotski. Por un lado, James (1904) concebía la conciencia como un sistema de relaciones funcionales en lugar de pensarla como una cosa, evitando rectificar lo que es una realidad funcional. Pero, además, en las conferencias recogidas en Pragmatism. A new name for some old ways of thinking (1907). James se nos muestra atraído por una actitud de rechazo hacia los esquemas racionales que vienen a simplificar la realidad, sobre todo

la realidad espiritual humana. En la construcción científica, según James (1907), debemos abrirnos a diversas posibilidades que ofrece la variedad de la realidad: «Lo que ustedes necesitan es una filosofía que no sólo ejercite sus facultades de abstracción intelectual, sino que tenga una conexión positiva con este mundo real de vidas humanas finitas.» (pág. 43 de trad. cast.). El complicado panorama que presenta el mundo ante el científico nunca debiera reducirse —según James— a unos esquemas racionales, siempre cerrados y artificiales, sin una confrontación crítica con la realidad.

En definitiva —y valga esta pequeña digresión sobre el gran psicólogo americano—, la concepción pragmática de la ciencia, junto con el hecho de que la conciencia no sería una «cosa» entre otras (Vera et al., 1990), nos presenta a Vygotski como un pensador atento a la problemática lucha dialéctica que se mantiene en el conocimiento científico entre el sujeto y el objeto de dicho conocimiento. Las etiquetas son indispensables para ciertos fines, pero encierran el peligro de convertirse en impedimentos a la investigación, si no se repara en el juego de relaciones que sostiene el aparato conceptual construido con la realidad que esquematiza. Realidad que, en sí misma, se resiste a ser definida de una vez y para siempre.

De acuerdo con Vygotski, en el análisis científico hay que reducir la complejidad, sí, pero sólo hasta el punto exacto en el que la realidad reducida exprese la totalidad de las propiedades originales que la definen. Un poco como la reducción dialéctica de la que habla Lefebvre (1969), en la que la forma aislada por la reducción mental se distingue de otras y toma cuerpo, precisamente, por el contenido que refleja. Si seguimos analizando (destruyendo) más allá, podríamos perder lo constitutivo del objeto de nuestro análisis, la unidad de análisis propia de la psicología. Como dicen Leontiev y Luria (1968) el psicólogo debe estudiar el fenómeno más complicado por el análisis de sus unidades características, a sabiendas de que esas unidades podrían seguir descomponiéndose en otros elementos más simples, pero el psicólogo también debe ser consciente de que en la descomposición posterior «puede perder la especificidad del fenómeno que está estudiando y, al mismo tiempo, la especificidad de su propia rama de la ciencia» (Leontiev y Luria, 1968, pág. 358).

Son estas observaciones metodológicas las que, junto a las consideraciones ontológicas del materialismo dialéctico, invitaban a Vygotski a investigar, no elementos, ni objetos terminados, sino sistemas que poseen la

posibilidad intrínseca de desarrollo, conjunto de procesos en constante evolución y modificación estructural. Los psicólogos que estudian los procesos cognitivos desde una perspectiva dinámica y objetiva (como Vygotski, Bruner, Piaget, Wallon o Holzkamp) siguen más o menos de cerca este postulado. Desde la perspectiva de estos psicólogos antimecanicistas, lo que se puede encontrar en los grandes pensadores dialécticos (como hemos visto afirmaba Vygotski explícitamente) no es una doctrina psicológica ya acabada —que no podrían ofrecerla puesto que sus fundadores en ningún momento pensaron ser psicólogos—, sino los fundamentos filosóficos últimos para poder construirla. Es decir, los componentes primeros de la matriz disciplinar —si queremos expresarnos en términos de Kuhn— que vienen a orientar sobre los problemas sustantivos que habrán de resolverse y sobre los pasos metodológicos más adecuados para conseguirlo.

Así, el método dialéctico no tiene por qué entrar en contradicción con los procedimientos experimentales, basados en el análisis hipotético-deductivo o inductivo-probabilístico. Creer esto sería participar de la confusión de «escalas» de que nos hablaba Vygotski. Aquél representaría el nivel mayor de abstracción ontológica, la generalización suma acerca de la realidad. Estos, eslabones intermedios de cognición, escalones metodológicos que unen los principios generales del pensamiento científico con la realidad objetiva.

Esta postura intelectual le permitía a Vygotski explotar las posibilidades de cualquier alternativa metodológica: experimental, observacional, comparada, longitudinal, transversal, etc. La interpretación de los resultados con ellas obtenidos es la que pasaba por el filtro de la crítica dialéctica marxista, es decir, por el materialismo —en su opinión— no metafísico que renuncia a la escisión entre el hombre y el mundo. El materialismo vulgar practica esta ruptura metafísica —en su opinión— para después tener que recomponer la relación original con un recurso al mecanicismo. Con dicha separación, según Vygotski, se pierde la posibilidad de estudiar científicamente los procesos psicológicos superiores, bien cayendo en el elementalismo, bien en el idealismo. Marx y Engels ofrecían una vía para superar esta disyuntiva.

Por consiguiente, en nuestra opinión, la deuda principal que contrajo Vygotski con el marxismo se relaciona con el original modo en que este sistema filosófico había afrontado el problema del ser y el pensar, con su concepción general acerca de la historia y la posición del hombre dentro de ella. ¿Si las funciones psicológicas no se encuentran en el cerebro como

facultades (ideales o materiales) anteriores a cualquier relación con el mundo, de dónde surgen? Para Wertsch (1985a, 1985b, 1990; véase también Lee, 1985), la concepción del origen social de los procesos psicológicos y las proposiciones sobre la naturaleza (mediada) de la actividad humana serán los aspectos básicos heredados por Vygotski del pensamiento marxista.

Resumiendo ya, los elementos fundamentales que dominan el pensamiento teórico vygotskiano son los siguientes: a) la psique es un sistema interfuncional que, b) emerge como consecuencia del encuentro dialéctico entre dos procesos materiales: el cerebro y el mundo —incluyendo muy destacadamente el mundo social—; c) su naturaleza sólo puede definirse históricamente —es decir, la psique es siendo—, y d) está genéticamente condicionada por la actividad instrumental. Con ellos Vygotski proyectó un interesante modelo del hombre, donde la historia⁸ en cuanto categoría interpretativa (y con ella la sociedad y la cultura) pasaría a desempeñar un papel central (Vera, 1993). Es por esto que Vygotski se detiene en el examen del desarrollo psicológico de los niños, en su historia individual, y lo cuenta, más o menos, de la forma en que sigue.

La única propiedad objetivamente definible cuando nace un niño es la de sus actos reflejos. El perfeccionamiento de estos movimientos y sus primeras adquisiciones conductuales pueden explicarse perfectamente apelando a las leyes del condicionamiento definidas por Pavlov. La asociación es, entonces, el mecanismo por excelencia en la configuración de la estructura de las acciones del pequeño. Sin embargo, la estructura de su conducta queda inmediatamente contextualizada por las prácticas que realiza activamente junto con los adultos que se ocupan de su protección. Los adultos regulan la conducta del pequeño, fundamentalmente con la ayuda de medios fabricados culturalmente, construyendo un espacio que canaliza su desarrollo espontáneo. Los mayores proporcionan al niño una muy peculiar conciencia vicaria (Riviére, 1984), mientras que éstos son incapaces de organizar su propia conducta, haciendo de andamio (Bruner, 1985) de su actividad. Los

⁸ La *historia* entendida en todas sus dimensiones: filogénesis, ontogénesis, microgénesis de las funciones psicológicas e historia general (Scribner, 1985).

adultos se convierten así en los depositarios de las funciones psicológicas superiores que con el tiempo, y la negociación social, adquirirá el pequeño como individuo diferenciado del grupo social en que habita.

Pero, antes de que el niño consiga una conciencia propia, su relación con el mundo y el dominio de sus propias habilidades cognitivas se va ampliando y perfeccionando en función de las destrezas que adquiere debido a sus interacciones sociales. La actividad práctica del niño es ya inteligente desde el momento en que es capaz de combinar imaginativamente diversos medios para conseguir sus objetivos⁹, es decir, porque la estructura de su conducta responde a la estructura objetiva de los problemas que se le presentan. Podríamos hablar aquí de inteligencia en acción o pensamiento práctico. Sin embargo, la complicación del sistema cognitivo del pequeño queda radicalmente modificada, destacará Vygotski, cuando su interacción con los demás está mediada por la utilización de signos. La relación que mantiene el pequeño con sus congéneres es, desde el principio, un hecho objetivo, real, que impulsa su desarrollo y estructura sus logros, introduciéndole en un mundo significativo, donde la palabra va a desempeñar una función esencial en el control, no sólo de los otros, sino también de la propia conducta.

Con el lenguaje, el niño accede a un poderoso medio de distanciamiento de la realidad inmediatamente presente, consiguiendo así una nueva posibilidad de planificación y autorregulación. El niño ha entrado, de este modo, en una nueva forma, abstracta, de contextualización: la lingüística (Wertsch, 1985). Como escribió Vygotski en un informe presentado a la VI Conferencia Internacional de Psicotecnia, celebrado en Barcelona en 1930, la «investigación experimental ha demostrado que el lenguaje, introduciéndose en los procesos del pensamiento concreto y de la percepción del niño, reconstruye estos procesos transformando su estructura y recreándolos sobre una nueva base» (Vygotski 1985, 11).

A partir de este momento entramos en lo que, a grandes rasgos, podríamos denominar la historia de la subjetivización del hombre, el relato de

⁹ Si admitimos la definición que da James (1980) de la inteligencia en *sus Principios de psicología*. Para James, como después para Köhler, el distintivo de la inteligencia frente a la ejecución mecánica (es decir, *su* criterio para identificar la existencia de *mente*) se mostraba, como es sabido, en la superación de los obstáculos que se interponen entre un deseo y *su* consecución. Esto es, según James, lo que diferencia la conducta de un clavo y un imán de la de Romeo y Julieta.

su desdoblamiento (Riviére, 1984) de su nacimiento como individuo separado de la matriz social de la que es fruto y del nacimiento de su conciencia. En definitiva, y en la mejor vena marxista, cuando la actividad biológicamente alimentada tropieza con el lenguaje asistimos al nacimiento del hombre. La actividad práctica de pequeño queda, en el momento de la apropiación del lenguaje, contextualizada en una esfera superior que da lugar a las funciones psicológicas puramente humanas. Junto con el resto de las herramientas sociales que median entre el hombre y su mundo, el lenguaje será de un modo especialmente privilegiado el instrumento a través del cual ingresa la historia de la sociedad en la historia del sistema cognitivo individual.

La propia evolución del lenguaje —que, como anota Lee (1985), es el único sistema de signos capaz de representarse a sí mismo— condiciona la estructura global del proceso de desarrollo (cfr. Ramírez, 1984), en el momento en que las palabras pasan a desempeñar el papel de regulador semántico y organizador efectivo de la conducta voluntaria, diferenciando radicalmente la psicología humana de la de cualquier otro organismo. En definitiva, con el significado de las palabras, que se ha construido sobre la actividad práctica socialmente condicionada, surge la nueva conciencia humana y, con ella, el individuo.

«La internalización de las formas culturales de conducta implica la reconstrucción de la actividad psicológica en base a las operaciones con signos (...) Los aspectos del lenguaje externo o comunicativo, así como los del lenguaje egocéntrico, se "internalizan" para convertirse en la base del lenguaje interno.

La internalización de las actividades socialmente arraigadas e históricamente desarrolladas es el rasgo distintivo de la psicología humana, la base del salto cualitativo de la psicología animal a la humana.»

Vygotski, 1978/79, 94

5. Una psicología para la revolución

En el segundo apartado de este capítulo hemos expuesto de qué modo la psicología soviética había sufrido una notable modificación que la conducía en la dirección de un cada vez mayor distanciamiento del idealismo, hacia un materialismo que se pretendía dialéctico. El itinerario que allí seguíamos nos

llevaba desde las tesis sostenidas por Chelpanov, hasta el pavlovismo triunfante posterior, pasando por un intermedio korniloviano y rubinsteiniano. En el medio de todas estas disputas académicas se encontraron Vygotski y sus colaboradores. Como ya hemos dicho, la fecha oficial que se postula como el inicio del trabajo de Vygotski en psicología desde la psicología es enero de 1924, cuando fue invitado por Kornilov al Instituto de Psicología de Moscú. Este fue un año de progresiva mejoría y seguridad de la economía soviética (Carr, 1979/84), y los revolucionarios estaban entregados más que nunca a la causa de su pronunciamiento. La psicología entonces se había convertido en una poderosa herramienta al servicio de la revolución. Sin embargo, pronto empezó a ser cada vez más evidente que, un poco como los grandes de la Revolución Científica en relación con la Inquisición, los psicólogos frente a Stalin no sólo iban a jugarse sus ideas, sino también sus vidas.

El 9 de marzo de 1923 tuvo lugar un acontecimiento biográfico, de magnitudes históricas, que inevitablemente debía de afectar a la psicología: sufrió Lenin un ataque, el tercero y que sería fatal, en que quedó sin habla y a partir del cual ya no volvió a trabajar hasta el día de su muerte, el 21 de enero de 1924. Durante todo ese tiempo los sables ideológicos estuvieron en lo alto y los psicólogos temían por las ideas que guardaban en sus cabezas, cuando no por sus cabezas mismas. Lo peor de todo era que las ideas, o las cabezas, se las jugaba uno a un incierto futuro, puesto que todavía no podía saberse con exactitud quién iba a dirigir el destino ideológico de la nación. Con la inactividad y posterior muerte de Lenin quedaba abierta la cuestión sucesoria (Carr, 1979): ¿quién iba a liderar la URSS? ¿El ideólogo Bujarin, el gris funcionario Stalin, tal vez el problemático Trotski, quizás el inteligente Kamenev, o sería el impaciente Zinoviev? A finales de los años veinte, que es precisamente cuando Vygotski y Luria comenzaron a tomar conciencia de grupo teórico con señas propias en la corriente general del pensamiento psicológico soviético, ya era un hecho que el proceso de sustitución política abierto con la muerte de Lenin estaba cristalizando en una dirección personalista nada proclive a la disensión ideológica. Ejemplar era en este sentido el destino de dos de los más temidos contrincantes de Stalin: Trotski había sido prácticamente neutralizado ya en 1925 (y desterrado en 1928), y Bujarin, tachado de desviacionista en 1929 (y ejecutado por traidor en 1938).

Este es el sistema al que habrá que referir muchos de los comporta-

mientos de algunos psicólogos destacados, y a la luz del cual hemos también que apreciar las razones de por qué llegaron a ser tan destacados. A las disputas conceptuales internas que son tan usuales en la psicología en general, en la Rusia posrevolucionaria se sumaba ahora un efecto distorsionador aumentativo resultante de la presión ideológica marcadamente totalitaria que se practicaba desde la dirección política, exigiendo una psicología para la Revolución. Son éstos unos años tan delicados dentro de la historia del país que quiso ser libre a través del comunismo que cualquier juicio político o moral que hoy pudiéramos permitirnos acerca de la conducta de los hombres que estuvieron realmente implicados en ese proyecto debe ser pronunciado con la máxima de las cautelas. Sólo esta vital indecisión puede explicarnos algunas de las ambivalentes conductas de muchos de los «ilusionados» revolucionarios. Gentes ilusionadas en el proceso revolucionario recuerdan aquel período —y así lo hace, por ejemplo, el mismo Luria (1979)— como una época de «gran entusiasmo», en el que reinaba un favorable «espíritu constructivo» que arrastraba a todo el mundo. Embarcado en el entusiasmo revolucionario, el mismo Luria se dedicó a investigar las emociones y sus complejos con la intención de conseguir un «diagnóstico objetivo» de la posible mentalidad criminal. Para ello probó una técnica que a su decir (Luria, 1979, 23), «se adelantó un par de décadas al "detector de mentiras" y estaba más profundamente fundamentada en la psicología», haciéndole ver que el espíritu revolucionario daba sus frutos. Lo que no nos cuenta Luria es que tanto él como Leontiev estuvieron, a finales de la década de los veinte, implicados en las «purgas» estudiantiles y del personal sospechoso de la Universidad de Moscú y que el detector utilizado para tal elevada tarea no era otro que su «detector de mentiras», según han establecido Veer y Valsiner (1991).

También Vygotski participó del espíritu revolucionario. Perteneció al soviético regional de obreros de Fruntze y al Ejército Rojo, y realmente creía en el proyecto socialista¹⁰. Estaba completamente dedicado a la ilusionante tarea de construir una nueva sociedad en la que el hombre gobernara su destino. Incluso publicó un libro en 1926, *Psicología pedagógica* que deja verdaderamente perplejo a alguno de sus historiadores, por lo estrambótico de

¹⁰ Blanck (1990) conserva una copia de su carnet de diputado.

las ideas expuestas y lo inusual de su tratamiento. Kozulin (i 990/94, 76), por ejemplo, dice de este libro que a veces «resulta tan poco vygotskiano que parece más bien una página arrancada de algún folleto de divulgación y propaganda comunista». En este libro, que seguramente acabó antes de 1924¹¹, se reproduce la verborrea del Partido y se defiende tópicamente la construcción del «nuevo hombre», el «superhombre», en la «nueva sociedad» comunista (Veer y Valsiner, 1991). Según indicábamos más arriba, es en enero de 1924 cuando Vygotski, un desconocido maestro de pueblo, según la historia oficial, irrumpió en la psicología soviética, en el marco del II Congreso Panruso de Psiconeurología. Pero si reconocemos que los relevos institucionales en la historia de la psicología en la URSS respondían a verdaderas luchas ideológicas cuyo objetivo era el poder académico y profesional, también hemos de suponer que difícilmente podría Vygotski haber aparecido en la escena psicológica como caído del cielo. Para Veer y Valsiner (1991), la incorporación de Vygotski al Instituto de Psicología Experimental de Moscú, que ya dirigía Kornilov, respondía a estrategias ideológicas bien definidas contra las posiciones representadas en la figura de Chelpánov, el viejo (y casi único) representante del idealismo ruso. Para estos autores «la invitación a Vygotski para ir a Moscú estaba motivada puramente por necesidades ideológicas personales de Kornilov más que por cualquier "reconocimiento objetivo" de Vygotski como un "genio vivo"» (Veer y Valsiner, ob. cit., 133). Hasta 1926, el pensamiento de Vygotski estuvo tan íntimamente relacionado con el de Kornilov que ha llevado a Rivière (1984) a interpretar la conferencia dictada por Vygotski en el Congreso como la de un reflexólogo que iba más allá que los mismos reflexólogos¹².

Igual que en el caso de Luria o Vygotski, otro tanto cabría decir del psicólogo de los cuarenta, S. L. Rubinstein. En un interesante trabajo de

¹¹ Durante los primeros años de la Revolución, Vygotski, sin duda, estaba comprometido con la soviétización del país, y con las posibilidades de desarrollo del espíritu humano en dirección del socialismo a través de la enseñanza (Wertsch y Jounis, 1987), pero parece ser que sus propuestas educativas corrieron siempre paralelas al proyecto burocratizador que se ocultaba tras la puesta en marcha del plan de alfabetización de la URSS (Kozulin, 1987).

¹² La Conferencia en cuestión, que se titulaba «El método de investigación reflexológica y psicológica», ganó la admiración de muchos de los presentes, primero por el tema elegido y después por la exposición fluida y sin notas que realizó Vygotski (Luria, 1979).

Joravsky (1987)¹³, absolutamente implacable en su juicio, afirma que Rubinstein fue un obstinado idealista venido a más con la política de Stalin. Con sus palabras:

«Durante los veinte, mientras los psicólogos soviéticos se encontraban bastante libres de escolasticismo y metafísicas en las discusiones sobre las implicaciones del marxismo para su ciencia, Rubinstein permaneció casi completamente en silencio. En la década de 1930, cuando Stalin empujó la disciplina hacia la destrucción exigiendo que todas las escuelas "burguesas" fueran repudiadas de modo que pudiera emerger una única psicología soviética, Rubinstein emergió con un montón de citas de Marx y muchísimos argumentos escolásticos sobre la compatibilidad del marxismo y la psicología empírica».

Joravski, 1987. 190

En el libro de Rubinstein (1946) Principios de psicología general encontramos que: 1) se denuncia, entre otros abusos, el gusto extranjero de algunos psicólogos soviéticos, 2) se propone a Pavlov y, sobre todo, a Séchenov como grandes marxistas en psicofisiología, y 3) se recibe con gran entusiasmo el decreto de 1936 contra la psicología:

«En las discusiones que se entablaron alrededor de la reflexología, de la reología y de la teoría del desarrollo cultural no se tocaba todavía la psicología pseudocientífica. Sólo la resolución del Comité Central del P. C. de la U. S. (B) del 4 de julio de 1936 desenmascaró algunas teorías sumamente perjudiciales y reaccionarias, las cuales inhibían con sus falsas frases pseudomarxistas el desarrollo de la psicología, disgregándola por medio de conceptos anticientíficos. Dicha resolución eliminó al mismo tiempo varios impedimentos externos de organización en el trabajo de la

¹³ Aquí viene a comparar la figura de Vygotski en Rusia con la de Wundt o James en occidente, en el sentido de tratarse más de un psicólogo venerado que conocido, de aparecer como una *deidad encubierta* de quien se habla como padre fundador pero se ignoran sus ideas centrales.

investigación psicológica de la URSS, pues el criterio "pedológico" del sistema de la educación popular había provocado una limitación en el trabajo científico de la psicología y su artificial desplazamiento».

Rubinstein, 1946/74, 103

Independientemente de lo ajustada que sea la crítica de Joravski, quien luego se referirá a Rubinstein como el «mutante» (Joravsky, 1989, 369), nos parece que para comprender mejor las razones del silenciamiento ideológico que sufrieron muchos psicólogos entre 1936 y 1950, puede resultar altamente esclarecedora la lectura del trabajo de Rubinstein (1946), que representa la versión oficial de la psicología materialista dialéctica de los años cuarenta. Una voluminosa obra¹⁴ que recoge los principios fundamentales de la psicología marxista, expuestos en el apartado anterior, de acuerdo al autor y al mismo Stalin.

No es necesario, creemos, abundar más en la suerte que había de correr el autor de la teoría «del desarrollo cultural», Vygotski, por otra parte tan interesado también en asuntos de «pedología». Rubinstein continúa su historia de la psicología soviética (siempre empeñado en presentarla como única y distinta a la del resto de occidente) manifestando el triunfo que había alcanzado la interpretación puramente marxista sobre los anteriores intentos pseudomarxistas. La mayor ironía del relato de Rubinstein, en nuestra opinión, reside en que los frutos de la victoria del marxismo coincidían para su desconocimiento (¿?) con los principios generales sostenidos por Vygotski en sus trabajos metateóricos, como vimos antes. En esta misma línea, también es sorprendente comprobar que cuando Rubinstein (1946/74) expone el concepto de evolución que es defendido por la verdadera psicología marxista, lo hace dentro del mejor espíritu vygotkiano, anteponiendo la interpretación materialista y dialéctica a la mecánica (todo ello, claro está, aderezado con oportunas citas a Stalin). Hasta analiza la propuesta de K. Bühler de los tres grados de desarrollo (instinto. hábito e intelecto) a la mejor manera

¹⁴ La versión castellana publicada por Grijalbo en 1974, que es la utilizada aquí, supera las 750 páginas y contiene gran parte de sus párrafos en letra condensada.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Tortosa, G.F. (1998) Una Historia de la Psicología Moderna. Madrid. McGraw Hill

vygotskiana.

Tal vez Rubinstein desconocía realmente la obra de Vygotski y sólo sabía de ella (y del peligroso idealismo que encerraba) a través de lo que otros le habían contado¹⁵. Si no leyó el Significado histórico de la crisis de la psicología de Vygotski, lo que es probable ya que no se publicó hasta 1982, sí que resulta sorprendente que no conociera, bien su largo ensayo introductorio al libro de Koffka Fundamentos del desarrollo psíquico publicado en 1934 en Moscú, bien el prólogo a la edición rusa del libro Investigaciones sobre la inteligencia de los monos antropomorfos de Köhler, publicado en 1930, o bien la introducción al propio libro de Bühler Ensayo sobre el desarrollo espiritual del niño, publicado también ese mismo año de 1930 (véase Vygotski, 1991). Además, Vygotski estuvo colaborando con Rubinstein y Elkonin en la etapa en que repartía su trabajo entre Jarkov, Moscú y Leningrado. Como ejemplo de dicha colaboración queda el hecho de que el mismo Vygotski (como apuntan Veer y Valsiner, 1991) invitó a Rubinstein al tribunal que debía juzgar la tesis doctoral de Shif sobre formación de conceptos.

La teoría socio-histórica, como es lógico, era observada desde el poder con verdadero recelo ya desde el inicio de los treinta (Joravsky, 1989), siendo el libro de Rubinstein el mejor ejemplo de la actitud institucional ante su proyecto teórico. Sin embargo, el silencio oficial que sufrió la obra de Vygotski, entre otras cosas por el uso que hacía de los pensadores occidentales (Luria, 1979; Riviére, 1984; Wertsch, 1985a, 1985b; Bruner, 1987; Alvarez y del Río, 1991; Iaroshevski y Gurguenidza, 1982), fue contrarrestado, para beneficio de la historia, por el posicionamiento institucional que sus discípulos iban logrando.

El laboratorio que fundó en Jarkov, junto con sus discípulos, fue dirigido por A. N. Leontiev, que sería el decano de la Facultad de Psicología de la Universidad de Moscú, y, más tarde, por Zaporozhets (director del Instituto de Educación Preescolar). Sobre el reconocimiento del trabajo de Luria a nivel

¹⁵ Rosa y Montero (1988) advierten que ya «Kolbanovsky llega a acusar a Rubinstein de apropiarse de conceptos vygotskianos» (pág. 222).

mundial no es necesario abundar, y muchos otros de sus primeros seguidores eran cargos importantes del Instituto de Deficientes y del Instituto de Psicología dentro de la Academia Soviética de Ciencias Pedagógicas y de las universidades más importantes del país (Cole y Scribner, 1978).

Esta disposición estratégica del grupo garantizaba la recuperación histórica de los trabajos de su fundador, que tuvieron que esperar veinte años en la misma URSS para su reconocimiento y difusión. Con esto no se pretende defender que durante todo el tiempo, ni a través de toda la temática abordada, éstos fueran discípulos incondicionales. Ahora tenemos pruebas de que más bien ocurrió lo contrario en el caso de muchos de ellos. Como encontramos en el texto de Veer y Valsiner (1991), a partir de 1932 las relaciones entre Vygotski y Leontiev quedaron absolutamente deterioradas, y hasta 1956, con motivo de publicar en Rusia las obras escogidas de Vygotski. Leontiev no volvió a ser visto por casa de aquél. De todas formas, es un hecho que el esfuerzo conjunto tanto de Leontiev como de Luria, y de muchos de los discípulos de Leningrado (sobre todo, Elkonin), hicieron posible su recuperación.

Por otro lado, con la eliminación del nombre de Vygotski de la circulación científica no se consiguió una anulación completa de sus concepciones. Aunque su presencia literalmente quedaba fuera de juego, su concepción de la psique contó con una matriz operativa sobre la que articular sus descubrimientos e interpretaciones. Sus propuestas permanecieron vivas, en cierta medida, en el modelo de Rubinstein y continuadas en el período posterior que proponía la combinación del materialismo dialéctico y el pavlovismo. Las ideas de Vygotski, según parece, eran buenas, pero excesivamente complicadas; donde la conciencia seguía siendo un problema para la psicología (Vygotski, 1925/91); y donde la filosofía y la psicología occidental, por muy pequeñoburguesa que pudiera parecer a los guardianes ideológicos, servían un precioso banco de conocimiento histórico que no debía ser despreciado sin un profundo análisis crítico. Al examen minucioso de la literatura psicológica del Este y el Oeste, del Norte y el Sur, dedicó Vygotski gran parte de sus esfuerzos teóricos. De este análisis y de su propia experiencia práctica, Vygotski —junto con Luria fundamentalmente y en parte con Leontiev— produjo su teoría histórico-cultural.

Vygotski intentó contestar a la psicología, a su pretensión de conseguir explicar el funcionamiento psicológico del hombre, explícitamente consciente

de que su respuesta debía de ser crítica con los movimientos psicológicos mundiales, y tomándolos como sus interlocutores directos (Vera, 1996). Tal vez la teoría de Vygotski pudiera haber significado una revolución para la psicología, pero lo que resultó evidente fue que no era una psicología para la Revolución.

Es cierto que las imposiciones ideológicas no impidieron que se desarrollaran aproximaciones teóricas plenamente idealistas y mecanicistas, encubiertas bajo el ropaje de unas cuantas citas a los teóricos de la Revolución. Esto, el propio Vygotski (cfr. Vygotski, 1991) se encargó de denunciarlo. En el caso de Vygotski ocurrió exactamente lo contrario: fue la profunda formación marxista una de las causas de su ostracismo intelectual. Su teoría no surgió de la ceguera del dogma, sino de un penetrante análisis crítico de la situación de la psicología de aquellos años, iluminado bajo la concepción dialéctica. Según lo formula Kozulin (1990/94, 230):

«Vygotski se tomó a Marx en serio, no como un ídolo, sino como un pensador de carne y hueso perteneciente a la tradición cultural europea. El Marx de Vygotski era una de las voces del pensamiento europeo, al mismo nivel que Dilthey, Durkeim, los neokantianos y otros. El hecho de situar a Marx en el contexto del pensamiento europeo no podía sino resaltar sorprendente para sus colegas, que se habían acostumbrado a dividir la cultura en "burguesa" y "socialista", y para quienes el marxismo suponía una ruptura con la tradición europea, y no su consumación».

Hoy en día, la obra de Vygotski ha sido restituida para la historia de la psicología universal. Sin embargo, la prolongada separación que obligatoriamente existió entre la URSS y Occidente impone que trabajemos con ciertas precauciones —mínimas si queremos, pero necesarias— entre el significado de la recepción de la obra de Vygotski en Occidente y su recuperación en la propia Unión Soviética. Las ediciones rusas de sus Obras Escogidas, como también es costumbre en Occidente, aportan datos aclaratorios acerca de las teorías o los teóricos a los que citaba Vygotski, tratando de contextualizar al lector, ayudándole a identificar con y contra quién mantenía Vygotski su diálogo intelectual. Pues bien, que se ofrezcan notas acerca de quién fue ¡Aristóteles! es harto elocuente de la distancia intelectual que separa a Vygotski de sus lectores rusos contemporáneos; casi la misma

que a ellos les separa de nosotros, los occidentales. En un cierto sentido, casi podríamos decir que Vygotski vivía intelectualmente entre nosotros. Era un marxista¹⁶ que bien podría haber ejercido su crítica psicológico-conceptual en cualquier parte de la Europa Occidental, como ocurrió, por ejemplo, con el caso de Wallon en Francia.

De todos modos, creemos que no es necesario ser marxista —si es que esto pudiera incomodar a algún lector— para aceptar buena parte de las tesis positivas de Vygotski, y con sólo ser un poco sensible a la historia de nuestra disciplina no es necesario tener ninguna adscripción ideológico-política para compartir plenamente su análisis en negativo de lo que la psicología representaba en el primer tercio de nuestro ya expirante siglo. Las reflexiones sobre metateoría y acerca de la problemática científica de la psicología, tal y como él las planteó, siguen mostrando hoy día una expresión muy similar. Es precisamente el penetrante análisis de la situación de su tiempo lo que le concede esa actualidad que Siguan (1987, 19) le otorga de la manera que sigue: «La obra de Vygotski continúa interesándonos porque su diagnóstico de la crisis de la psicología continúa siendo válido en nuestros días, y porque los problemas básicos que intenta contestar continúan siendo nuestros problemas». La teoría socio-histórica de Vygotski, por lo menos, parece dar la razón a la tesis de Carpintero (1987) según la cual la historia de las ideas psicológicas no puede reducirse sólo a una historia puramente social o política, por mucho que se produzcan en la Rusia revolucionaria, sino que, al mismo tiempo, las ideas psicológicas viven su propia aventura interior, exigiendo a sus valedores razones que tienen que ver más con el argumento lógico y empírico que con el político e ideológico.

¹⁶ Tampoco está de más recordar que Marx era alemán, subvirtió en Francia y Bruselas, además de en Alemania, y examinó la situación socio-económica de Inglaterra, entre otros lugares. Sólo un accidente histórico llevó a los países del Este a ensalzarlo a la altura de un dios infalible —y admítase lo de *accidente*, como una excusa para no entrar en los detalles históricos determinantes que condujeron a esta situación socio-política internacional, trabajo que sobrepasa nuestras posibilidades.